

CRÍTICA DE TEATRO

La terquedad de las termitas

«**DISTANCIA SIETE MINUTOS**»

★★★

Dramaturgia, dirección e interpretación: Diego Lorca y Pako Merino (Tizina Teatre). Escenografía: Jordi Soler i Prim. Iluminación: Miguel Muñoz. Sonido: Jonatan Bernabeu. Teatro de la Abadía. Madrid.

JUAN IGNACIO GARCÍA GARZÓN

El robot espacial Curiosity, un juez ahogado por el trabajo, una plaga de termitas, la esquivada esencia de la felicidad y la otra cara de esa moneda, el amargo pan de la infelicidad, un viudo que ha cegado su memoria, los rostros cotidianos de la justicia, paralelismos vitales, destinos cruzados, el pellizco de tiempo que separa la vida de la muerte en un infarto... Todos estos elementos bullen en la cartografía emocional y dramática de «Distancia siete minutos», el último trabajo de Tizina Teatre, que tiene la hondura, la atmósfera envolvente de sus anteriores espectáculos, su temperatura tragicómica y la inteligencia suprema de llegar a un destino concreto utilizando vías de circunvalación y aparentes puntos de fuga. Un método, nacido de un trabajo de campo, que trenza diversas vidas, situaciones y personajes de manera sencilla, cierta y elegante con solo dos actores que no tienen necesidad de recurrir al cambio de vestuario para pasar de un papel a otro.

Un magistrado que resuelve litigios sencillos –formidable la manera en que se exponen sobre el escenario de un tirón varias declaraciones en el juzgado– debe abandonar temporalmente su casa afectada por una plaga de termitas y regresar al domicilio familiar donde se reencuentra con su padre viudo. La muerte de la madre gravita sobre el abismo de incomunicación que separa a los dos hombres. El padre no quiere recordar y el hijo no puede olvidar. Como un ejército de los tercos y voraces insectos xilófagos que horadan las vigas de la vivienda del juez, los reproches, las cuentas pendientes y la insatisfacción dejan su huella indeleble en las vidas.

La puesta en escena es primorosa. Un sofá y dos mesas de hojas extensibles, cuyas posiciones varían en una suerte de muda coreografía, bastan para crear los diversos ambientes en que se mueven los personajes, envueltos por la creativa iluminación que Miguel Muñoz convierte en un elemento dramático más. Diego Lorca, concentrado en el papel del juez, y Pako Merino, que salta de un personaje a otro con fantástica economía de medios y una facilidad pasmosa, completan como intérpretes el círculo perfecto que han trazado como autores y directores.